

Johann Moritz Rugendas¹

AUGSBURGO, vieja metrópolis de plateros y escultores, lapidarios y canteros de fina piedra, recibió con orgulloso placer las obras maestras renacentistas; los trabajos asombrosos de Burkmairs y de Holbein. A la dinastía artística de los siglos XVII y XVIII se agregó una modesta rama local y pueblerina: la de los Rugendas, cuyos orígenes remontan a la época de la emigración catalana hacia Baviera, en las postrimerías de la Edad Media.

No menos de ocho pintores de este apellidado han sido clasificados en la monumental *Enciclopedia de Artistas*, de Thieme y Becke, y en 1802 se agrega el más talentoso, sin duda, de este clán familiar: Juan Mauricio. Era natural, así, que el joven Rugendas recibiera de su padre Johan Lorenz, Director de la Academia de Bellas Artes, de Augsburgo, las primeras lecciones, y natural también que las prosiguiera con su colega Albrecht Adams.

Los años adolescentes de Juan Mauricio, entre 1815 y 1820, coinciden con los del regreso a la normalidad en la Europa Central, tras el caos bélico de las guerras napoleónicas. Con la recuperada tranquilidad y la consiguiente prosperidad económica vino el entusiasmo por la investigación científica sobre todo en lo referente al Nuevo Mundo de la vasta América, partes de las cuales habían sido visitadas y magistralmente descritas por Alejandro von Humboldt.

El centro magnético de atracción era el Brasil y los Emperadores Francisco I de Austria y Maximiliano José de Baviera, enviaron sendas expediciones al dilatado imperio ultramarino entre los años de 1817 a 1821. El interés de los círculos intelectuales bávaros se concentraron en los problemas de la flora y fauna del antiguo Virreinato, y los viajes de dos eminentes biólogos Martius y Spix trajeron a Munich

ejemplares exóticos que despertaron la curiosidad pública. Bajo los auspicios del Gobierno Imperial de Rusia, el veterano explorador Barón Georg Heinrich von Langsdorff, partió de inmediato tras la huella recién abierta. El método obligado de estas expediciones para describir los fenómenos geológicos, topográficos y etnográficos, amén de captar las imágenes botánicas y zoológicas, era el de contratar un hábil dibujante.

Sucedió así que el Barón von Langsdorff vino expresamente a Augsburgo para solicitar al Director de la Academia que le recomendara un candidato audaz para adentrarse con él en las selvas del Brasil.

Sin falsa modestia, Juan Lorenzo recomendó al viajero su talentoso hijo. Tenía a la sazón diecinueve años, pero compensaba su falta de experiencia por su temeridad juvenil, fuerzas que le permitirían afrontar las más arduas empresas. Von Langsdorff aceptó la recomendación y firmó con Juan Lorenzo un contrato en que tomaba la responsabilidad del valiente "Jungling" en los próximos cuatro años.

Brasil atravesaba por entonces las etapas de tránsito de colonia a imperio al llegar Juan Mauricio y su grupo a Río de Janeiro el año de 1821.

Durante los últimos meses de 1822 el joven artista tomó rápidos apuntes y bosquejos de la ceremonia y festividades de la coronación de Don Pedro I como Emperador, entre ellas un acertado esquema a lápiz de la majestuosa procesión, que bajo un gigantesco dosel, recorriera las calles de la ciudad. Tiempo después, la expedición de Von Langsdorff penetró al interior de las provincias de Sao Paulo y Minas Geraes, donde Rugendas dibujó cientos de acuarelas y esbozos de perfiles nativos, indios y negros, en el cuadro tropical de bananeros y orquídeas, monos y cacaúas, junto a las nostálgicas ciudades coloniales

¹ Traducción de Eugenio Pereira Salas.

que conservaban las costumbres pintorescas de las antiguas plantaciones.

Sin embargo, el estirado e irritable Barón no era hombre tolerante y tampoco un compañero jovial y simpático. Discutía a menudo con Rugendas en forma tal que en corto tiempo se rompió el contrato contemplado por cuatro años. Antes de la separación y la ruptura, el Barón von Langsdorff exigió del artista una serie de 16 dibujos y acuarelas que iban a ilustrar su informe a la Corte Imperial de San Petersburgo. Estos dibujos se conservan todavía en los Archivos de Leningrado. Incluyen vistas de diversas ciudades de las provincias de Minas Geraes en los años primeros de la Independencia del Brasil, lo que les da el carácter de documentos únicos para la iconografía de este fundamental periodo.

En la época en que regresó a Europa, o sea en 1825, Rugendas había agregado a su cartera de dibujante unos cuantos cientos más, lo que eleva al número de 500 su cosecha de obras de arte en su primera permanencia en este país. Al llegar a París buscó afanosamente los auspicios necesarios para editar el texto literario de su viaje, ilustrado por unas 100 litografías en blanco y negro. La suerte lo llevó a captarse la simpatía del célebre geógrafo Alejandro von Humboldt, amistad que le ayudó poderosamente a conseguir los medios para publicar esta obra monumental que diera a luz en 1835. La edición fué hecha por la Casa Engleman de París, en francés y alemán, con los respectivos títulos de *Voyage Pittoresque à travers le Brésil* y *Malerische Reise durch Brasilien*. Durante este tiempo, Rugendas gozó del ocio griego por más de un año en la capital francesa, frecuentando los salones de los más distinguidos artistas, el del Barón François Gerard, donde entró en contacto con las más importantes figuras del romanticismo francés, entre otros a la enseña del grupo Eugene Delacroix, quien pronto iba a descubrir para el mundo del arte el esplendor exótico y bárbaro de Algeria y Marruecos.

Al finalizar el año de 1826, la súbita muerte de su padre Johan Moritz, lo obligó a regresar a Augsburgo. A partir de esa fecha, Rugendas por el lapso de cinco años deambuló entre sus relaciones bávaras; entre los paisajes italianos e hizo interminentes viajes a Berlín y a París, con el fin de procurarse los medios para colmar sus ambiciones de una gira más extensa por los países del Nuevo Mundo.

Mientras tanto, Alejandro von Hüm-

boldt había tenido buen éxito vendiendo a sus amigos de la corte de Prusia una serie de cuadros de temas brasileños que el joven artista había elaborado a base de sus apuntes de viaje. El geógrafo alentaba los deseos de su protegido sugiriéndole un plan que lo llevaría a cubrir el total de la América Latina en misión de arte. Juan Mauricio respondió a los generosos estímulos de su maestro esbozando un itinerario que lo llevaría primero a las Antillas y al Golfo de México. De allí, pensaba recorrer la costa del Pacífico hasta Chile, desde donde cruzaría la cordillera para visitar la región del Plata, Buenos Aires y Montevideo. Luego, haciendo una inmensa diagonal, pensaba proseguir a Bolivia, Perú, Ecuador y las antiguas ciudades del Sur de Colombia, partiendo de regreso a Europa. Este itinerario fué bautizado por Rugendas con el nombre de "*plan maestro*", y aunque el destino lo llevó a desviarse de esta ruta en alguno de sus tramos, el proyecto constituyó la razón de su vida durante dieciséis años.

Con escaso dinero, pero lleno de esperanzas, el artista se embarcó en el puerto de Burdeos rumbo a Haití, en 1831. Parece haber permanecido sólo unos pocos días en la República negra y haber continuado de inmediato hacia sus metas finales: Veracruz y la tierra caliente mexicana. Sintió allí la fascinación del colorido, del paisaje, la belleza de las flores, el atractivo de las formas arquitectónicas y de las costumbres de los indios y de los criollos.

Durante tres años pintó incesantemente en las tierras bajas y en la meseta central, completando una colección no inferior a 200 témperas con la brillante descripción de la naturaleza y de las escenas vernáculas. Tan íntimamente se mezcló Rugendas con la vida del país, que intervino aún en las revueltas políticas, con el resultado adverso de sufrir dos meses de condena en la prisión Acordata de Ciudad de México, en 1834. Además, contrajo la terrible enfermedad del cólera y sólo un milagro le permitió sobrevivir. Después de estos intensos sufrimientos y penalidades fué puesto en libertad con la condición de abandonar para siempre el suelo de México. Su "*Plan Maestro*" parecía alterarse por fuerzas ajenas a su voluntad.

De la capital, y cabalgando su animal favorito, "*Mein Lieblingspferd Babu*", recorrió las provincias occidentales, marcando su recorrido con una magnífica serie de acuarelas de los volcanes Jorullo y Co-

lima. Al final alcanzó la costa del Pacífico en el paisaje marítimo de Acapulco, entonces un activo pequeño puerto.

Se embarcó aquí en un velero rumbo a Chile y por dos meses navegó rumbo al "último confín de la tierra".

Al fin aparecieron las empinadas quebradas que coronan la hermosa bahía de Valparaíso y de inmediato el pintor sintió el llamado estético del pintoresco sitio. El colorido chileno era menos vívido que el intenso azul y el rojo del México que había dejado atrás. Tal vez por este contraste, y además por querer captar las ondulaciones de la topografía chilena en toda su suave castidad de tonos, el artista usó tan sólo el lápiz para sus esbozos en los primeros meses de estada en esta nueva tierra. Corría el mes de julio de 1834. Empeñoso, Rugendas quiere transmitir la sensación de esa ciudad de balcones corridos y estrechas calles empinadas en los cerros; captar la visión de las tardas carretas que descienden las cuestas para bajar al camino hacia Santiago. Un mes más tarde entró en contacto con la oficialidad y tripulación del H. M. S. *Beagle*, que había penetrado en la bahía con el propósito de carenar algunas semanas.

El Comandante de la expedición era Robert Fitzroy, y abordo venía el naturalista Charles Darwin, en su primer largo viaje. Pero, sin duda, Rugendas se sintió más unido al pintor del crucero, al oficial artista Conrad Martens, un talentoso acuarelista inglés que nos ha dejado algunas vistas panorámicas de Valparaíso y algunos esbozos de fino lápiz de las colinas del Almendral, trazadas en el mismo lugar y en la misma fecha, agosto de 1834, que el grupo tomado por Rugendas, ahora en *Graphische Sammlung*, de Munich. Parece increíble suponer que ambos artistas no hubieran gozado de la mutua compañía en esos asoleados días de invierno.

Por intermedio de los "gringos", Rugendas entró en comunicación con varias firmas inglesas, dedicadas al comercio con Europa. Un pequeño retrato al lápiz de John Searle, fundador de esa familia anglo-chilena, aún pende en el dormitorio de uno de sus descendientes y un encantador retrato al óleo del pequeño Edmundo Smith, jugando con su perro, en un paisaje de sauces y cordillera, confirma la conjetura que los primeros amigos de Rugendas fueron extranjeros como él.

Antes que terminara el año de 1834, el pintor siguió rumbo a Santiago, donde

se vinculó con las influyentes familias flamencas y alemanas de los Zegers y los Huneus. De sus miembros ejecutó numerosos retratos al óleo: unos, de los varones vestidos con la desaliñada elegancia del traje de montar, entre los árboles añosos de sus grandes estancias; otros, de las damas y sus caballeros en la indolencia pastoral de un "dejeuner sur l'herbe", dominguero.

Con los aires primaverales del fin de octubre revivió el espíritu viajero, el "Wanderlust" y su íntimo deseo de ver a los araucanos en las florestas agrestes nativas del sur de Chile.

Trazado su programa, y premunido con las cartas credenciales del Presidente Prieto que lo autorizaba para una misión de paz entre los indios, una afección a la vista lo obligó a permanecer por más de un año en la capital esperando su restablecimiento y la ocasión favorable para la empresa. En octubre de 1835 estaba listo, y por sus bosquejos de ciudades y fundos, podemos seguir su ruta de viaje y pernocta: Rancagua-Talca-Linares, el último bastión civilizado antes de cruzar el Bio-Bío y penetrar en las ominosas regiones de los Toquis y los Caciques.

Una de sus últimas jornadas las pasó en el fundo del Coronel Guticke y su mujer, doña Carmen Arriagada de Guticke. El Coronel era un oficial prusiano que había partido a Chile después de la batalla de Waterloo, con el fin de aprovechar su pericia y destreza militar en beneficio del Ejército chileno. La hacienda situada en Linares era parte de la herencia de doña Carmen, mujer frágil, con aire de tímido pajarito, más joven que su esposo. Soñaba doña Carmen en una existencia literaria y artística, en que el espíritu la levantara sobre la adormecedora monotonía de la existencia campesina. Uno puede imaginarse el fervor con que recibió al atractivo Rugendas y sus charlas interminables sobre París y Munich, mientras a la luz de los románticos candeleros del escritorio doña Carmen fascinaba al artista, ejecutando las arias de Rossini y Cimarosa. El Coronel estaba halagado por el distinguido huésped y compatriota y junto con su esposa comprometieron a Rugendas para que permaneciera con ellos a la vuelta de su excursión a la Araucanía.

Rugendas no tardó en traspasar el límite entre la cultura paternalista de la hacienda de los Guticke y las condiciones aborígenes de los mapuches y pehuenches. Estaba preparado para ello por sus meses de com-

pleto aislamiento en las selvas del Brasil, en condiciones no menos primitivas que aquellas que debía soportar bajo las araucarias del sur de Chile. Esperaba llevar al papel y a la tela los contrastes de estas regiones casi no holladas del continente.

En sus dibujos captó la cabalgata de los indios desnudos llevando a las bestias al abrevadero del río montañoso en medio de una algazara ensordecedora; encontró la manera de expresar el chiveteo trágico de los guerreros aborígenes congregados alrededor de los restos del joven héroe muerto en la batalla. Otras veces, Rugendas se sentaba plácidamente en la puerta de la ruca bosquejando retratos de araucanos, finos dibujos que no sólo expresan las características fisonómicas de la raza, sino que también definen la personalidad íntima del individuo.

En las noches solitarias, bajo las ramas de los pinos majestuosos, Juan Mauricio se consolaba recordando a la sutil y refinada doña Carmen y a la amable acogida que le había dispensado. Y cuando el frío volvió a cubrir el umbroso país de los araucanos, el artista cabalgó hacia el Sur, llevando la preciosa carga de sus carpetas de dibujos y apuntes en el arzón de su silla.

En la casa colonial de los Guticke, el artista dedicó varios días al retrato al óleo de doña Carmen, y a evocar en la tela la trágica historia de doña Trinidad Salcedo, prisionera de una maloca araucana.

Los Guticke, por desgracia, se vieron obligados a vender la hacienda y a trasladarse a una pequeña casa en la ciudad de Talca.

Poco después de haberse ellos establecido, el pintor vino desde Santiago a hacerles una visita. Y volvió una segunda vez para pasar juntos las vacaciones de Pascua de Navidad de 1836. Doña Carmen parecía feliz. Animaba una tertulia literaria, a la que acudían sus amigos de la aristocracia local: los Donoso, los Garcés, los Vergara y el cariñoso Herr Möller, para leer en alta voz las últimas novelas de Balzac y las novelas históricas de Walter Scott, en sus idiomas originales. Y Rugendas en sus frecuentes visitas, sentado en la ventana, iba vertiendo al lápiz o a tinta, las imágenes de castillos góticos y de caballeros armados que poblaban el *Ivanhoe*. Con estos dibujos decoró más tarde las paredes de su salón. Y así cada vez que el artista aparecía en Talca, doña Carmen lo incitaba a dejar una nueva serie de dibujos en álbumes, que ella celosamente guardaba para sí, y

que ahora, un siglo más tarde, han llegado a ser un patrimonio de Chile, tesoros que rara vez emergen de la bóveda del banco que les sirve de solideo.

Con el Coronel Guticke, Rugendas salía frecuentemente a recorrer el campo y admirar los rodeos en las llanuras del río Maule. El artista se deleitaba con los brillantes colores del poncho, con la elegancia de los aperos del huaso y con el paisaje azul, envuelto en niebla de la cordillera que servía de marco. Estas impresiones surgen de una de sus más encantadoras telas chilenas: "El Rodeo de los Huasos Maullinos".

En otras ocasiones, cuando el Coronel estaba ocupado en Talca, Mauricio y doña Carmen iban a pasear a Constitución, deambulando por la hermosa costa, por el roquerío abrupto donde dormían los lobos de mar. Este paisaje fuerte, que Rugendas designa en sus numerosas acuarelas, con la frase española de "*Las Loberías*" o su equivalente alemán de *Die Seehundfelsen*, llegó a tener para doña Carmen el valor de un símbolo por su intenso amor platónico. En sus cartas postreras al artista, frecuentemente evoca con nostalgia el idilio en la playa rumorosa. Algunos cientos de epístolas escritas por doña Carmen a Rugendas entre 1835 a 1851, han sido preservadas por los parientes colaterales del artista en Augsburgo.

Por desgracia para doña Carmen, las exigencias de su carrera artística impidieron a Rugendas permanecer largo tiempo en Talca. En 1837 trasladó su cuartel general a Santiago, con frecuentes viajes al Norte. En el segundo semestre de dicho año empezó a madurar la travesía de los Andes, de acuerdo con su "Plan Maestro". Doña Carmen conocía estas intenciones, de manera que abría con terror las cartas, creyendo que se trataba del temido adiós.

El artista había decidido esperar la estación favorable de diciembre, en que el calor estival iba deshaciendo la nieve de los pasos cordilleranos.

Al finalizar 1837, Rugendas entró en relaciones con un joven pintor francés, que había llegado a Chile por el camino de la pampa y los Andes. Era Auguste Borget, un amigo íntimo del famoso novelista Balzac. En la conversación se dieron cuenta de amistades comunes en París en las tertulias del Barón Gérard y de Alejandro von Humboldt, y estos lazos los unieron en simpática intimidad. Salían juntos a dibujar; el artis-

ta bávaro poseía una técnica superior y Borget aprovechaba así de sus consejos y ejemplo. Juan Mauricio estaba en el apogeo de su genio pictórico y fué en estos meses en que trabajó sus más delicados y acuciosos dibujos, que por su perfección nos recuerdan aquellos que había trazado Ingres en Florencia y en Roma, hacía una generación. Dos de los más finos ejemplos de esta época fueron preservados por la familia Borget en la ciudad de Issoudun, cerca de Bourges, en la Francia Central. Son el uno, el retrato de Auguste Borget sentado en su taller de Santiago, vistiendo el romántico frac; el otro, el retrato de un dueño de fundo chileno, envuelto en el poncho multicolor, junto a la mesa cargada de frutas y de mostos de la localidad.

Fué, tal vez, la dura experiencia de Borget, en la alta cordillera en el frío mes de julio, la que decidió a Rugendas a demorar el viaje hasta fines de año. Tenía ya la experiencia de la nieve cordillerana, y el recuerdo de su lucha contra el frío, en el invierno de 1835, transformada en una brillante acuarela que obsequió a doña Isidora Zegers de Huneeus para decorar su *Album*. Al trazar las líneas del contemplado viaje a Mendoza y tal vez más lejos, la experiencia aconsejaba a Rugendas la búsqueda de un compañero apropiado. Fué el artista afortunado en su deseo, pues pronto trabó amistad con un compatriota y colega suyo en los menesteres pictóricos, unos diez años menor que él, pero igualmente apasionado en estos propósitos de aventura. Se llamaba Roberto Krause, y poseemos de él una larga y noticiosa carta, enviada a un tío en Alemania, en que hace un relato minucioso de las jornadas cordilleranas y de los episodios trágicos que compartió con Rugendas.

Los dos artistas, acompañados de varios arrieros y mulas de carga, salieron de Santiago la víspera de la Navidad de 1837. Atravesaron los estrechos desfiladeros, cortados a pique por profundas gargantas, teniendo al frente de continuo la abrupta pendiente de la empinada montaña. Sobre ellos se cernía, además, el peligro de los derrumbes, deslizamientos que a veces hacían trastabillar las mulas. Por la noche dormían a campo abierto, abrigados bajo las protuberancias de los granitos, envueltos en gruesas mantas que los protegían de la persistente lluvia.

Cerca de la cima del paso entre Chile y la Argentina tuvieron aún que derretir las nieves del campamento y calentar el

chocolate reconfortante en esas temperaturas extremadas.

Dos semanas de penosa ascensión por los interminables desfiladeros zigzagueantes los condujeron al pie de los Andes, en la parte argentina, en derechura a la ciudad de Mendoza, llave de la inmensa pampa. Descansaron un mes en la tranquilidad del hermoso lugar, rodeado de álamos y de jardines, gustando la pulpa sabrosa de sus famosos duraznos. El atuendo de los campesinos ofrecía diariamente a los artistas el incentivo del brillante colorido, y el lápiz corría presuroso sobre el papel, trasmutando los trajes escarlatas, los albos pantalones de seda y los empinados sombreros cónicos en mensajes de arte objetivo y sugerente, sea en las rápidas cabalgatas de los gauchos, en su siesta lánguida o los animados grupos descansando en la taberna de la esquina. Al terminar la primera semana de febrero los amigos continuaron la peregrinación hacia San Luis, a través de una llanura monótona. A menudo en las horas caniculares descansaban en las ventas solitarias para continuar la cabalgata en las frescas primeras horas de la noche.

En una de estas jornadas nocturnas agotadoras, al filo de la una de la mañana fueron sorprendidos por una violenta tempestad eléctrica.

El aire estaba caliente y húmedo; la llamarada del relámpago y el bramido del trueno aparecía y sonaba por intermitencias, pero la lluvia no trajo descanso. Los caballos comenzaron a impacientarse, pifando briosamente y el arriero Antonio aconsejó seguir en fila india.

Krause marchaba detrás del baqueano, y Rugendas envuelto en su poncho blanco a la retaguardia. Prosiguieron la marcha. De pronto, al tornar Krause la cabeza, y mirar hacia atrás, aprovechando la llamarada de un relámpago se dió cuenta que Rugendas no los seguía. Después de consultar con Antonio, Krause lo envió en busca del artista, mientras él esperaba aterido, acurrucado en las frazadas.

Al amanecer fué despertado por un caminante que bruscamente le relató: "Su compañero fué muerto en la noche en el camino de Mendoza. Lo ví tendido a lo largo del camino". Bajo la fuerte impresión Krause montó a caballo, y a las pocas millas encontró a Rugendas en estado inconsciente sangrando abundantemente de la oreja izquierda. Con dificultad y terribles esfuerzos, logró llevarlo a la cabaña del balsero del río Desagueros. Más tarde supo que un rayo

había caído cerca de la cabalgadura, que violentamente lo había desarzonado, arrastrándolo del pie atrapado en el estribo. Sólo la suerte había evitado la conmoción cerebral consiguiente.

De la ruca de Desaguadero, el atribulado Krause despachó un gaucho a la pequeña ciudad de San Luis, en demanda de auxilios para el herido. Mientras tanto un médico quéchua que viajaba hacia el Perú, había diagnosticado la inevitable muerte del artista. Pero el vigoroso viajero, sentía que sus fuerzas renacían con el descanso, y lentamente la naturaleza iba restañando las heridas. Algunos días más tarde el mensajero regreso de San Luis, con un furgón y el recado del médico jefe de las fuerzas policiales, Dr. Luis Maldonado, quien aconsejaba continuar viaje apenas fuera posible, ofreciéndoles la hospitalidad de su casa.

Seis semanas duró la convalecencia en el acogedor hogar del generoso facultativo; al cabo de ellas, Rugendas recuperó el habla, pero el lado izquierdo de su fisonomía quedó sujeto a un tic nervioso, que aumentaba en forma notoria en ocasiones. A ratos quedaba sordo y vértigos estremecían su cuerpo, males que por desgracia, iban a acompañarle toda la vida. Por fortuna ninguno de estos achaques afectó su talento pictórico y sus habilidades manuales. Durante los interminables días de recuperación en San Luis, el artista produjo una apreciable cantidad de bosquejos, sea de las lentas caravanas rumbo a Mendoza desde Buenos Aires, o de las carretas regionales, con sus inmensas y sólidas ruedas de maderas, típicas por su altura y por la estructura de cuero café y blanco que cerraba el carromato. Se deleitó también pintando los variados trajes del gaucho, los ponchos colorados y blancos, los pañuelos azules, el "chiripá" colgado como un delantal, las espuelas tintineantes en el talón de los elaborados zapatos de cuero de potro.

Al finalizar el mes de marzo, Rugendas se sentía mejor, y con las fuerzas necesarias para proseguir la ruta. Sin embargo, no creía tener el valor para seguir a Buenos Aires y enfrentar el futuro en un medio hostil a sus inveterados hábitos democráticos, este amor a la libertad que iba a sentir comprometido en el ambiente dictatorial del gobierno del tirano Rosas. El fiel amigo Krause decidió a acompañarlo en el regreso a través de la Cordillera, con el fin de tomar en Valparaíso el navío que iba a llevarlo a Alemania.

Cruzaron la mole andina en el mes de

abril por el paso de Portillo, desviándose un tanto al sur de la ruta anterior. No hubo inconvenientes esta vez. En el hogar de los Guticke en Talca, donde Rugendas permaneció el mes de mayo de 1838, los artistas se dieron el abrazo de despedida. Su estado no era satisfactorio, dolores de cabeza y terribles neuralgias en su lado izquierdo rebajaban su capacidad vital, y a estas dolencias físicas había que agregar la obligatoriedad del trabajo para pagar su mantenimiento y los gastos de la enfermedad. Por fortuna, recibió a poco de llegar a Chile, la suma de doscientos luises oro correspondientes a la venta hecha a la Corte de Prusia de unos doscientos paisajes y pequeños cuadros de costumbres mexicanas, que había alcanzado a despachar antes de su aciago viaje a Punta de San Luis.

Otro contrato le trajo satisfacción espiritual y dinero. El naturalista francés Claude Gay preparaba un "Album" para ilustrar su *Historia de Chile*, y pidió a Rugendas diez planchas basadas en sus mejores cuadros de Chile. Incluían ellos un vasto panorama con el Presidente de la República y el cortejo de caballeros y damas en una festividad cívica en los alrededores de Santiago; una vista del desastroso incendio que destruyera la Aduana de Valparaíso, y un típico paseo campestre en carreta a la laguna de Aculeo.

A su regreso de Mendoza, Rugendas frecuentó con placer la compañía de los patriotas argentinos que combatían la dictadura de Rosas desde la prensa o desde los círculos oficiales de Gobierno. Entre estos famosos "emigrados" estaba el talentoso periodista y escritor argentino Domingo Faustino Sarmiento, más tarde Presidente de la Argentina. Sarmiento era un refinado crítico de arte y en sus artículos sobre los dibujos de Rugendas escribió que era un genio comparable a Alejandro von Humboldt por la acuciosidad científica de la visión, por la perfección técnica y la fecundidad de su empresa.

Quedaban muchos temas inéditos para el pintor en Santiago, y entre 1838 y 1839 captó en sus dibujos las iglesias de la capital, sus plazas y el encanto pintoresco del Puente de Cal y Canto. Sin embargo, no tuvo el mismo talento para retratar a los miembros de la sociedad chilena, tarea que iba a desempeñar con acierto su colega francés Raimundo Monvoisin en la década siguiente. Poseía Rugendas, en grado superlativo, el talento adecuado para desplegar los grupos en su ambiente natural, como podemos

apreciarlo en la soberbia composición de *El Huaso y la Lavandera* o el *Alto de la Carreta* en la cúspide del camino. En estos cuadros de géneros mostró la admirable cualidad de insuflar el espíritu de las tradiciones flamencas y holandesas al campo inexplorado de las costumbres vernáculas de Sudamérica.

Durante su vida los críticos de arte y los coleccionistas de Europa y América embebidos en las tradiciones académicas mostraron cierto desdén por estas encantadoras pinturas, y las relegaron al desván para dar paso a insípidas alegorías, tomadas de la mitología. En las postrimerías del siglo XIX, y especialmente en el siglo XX, acaeció el redescubrimiento de estas telas, en que todavía vibraba el espíritu nacional de Chile plasmado en las plásticas formas del arte.

No terminaba aún el año 1839, y ya Rugendas había trasladado su estudio y taller al suave clima de la costa de Valparaíso, donde logró escapar de las terribles neuralgias, que había padecido en el crudo invierno anterior. Reanuda el pintor sus relaciones con las familias pudientes del comercio porteño, y en los círculos aristocráticos conoció a Clarita Alvarez Condarco, quien lo hechizó a primera vista, en impresionante "coup de foudre".

Muy dentro en su corazón Rugendas sentía que su amor por doña Carmen Arriagada nunca podría cristalizarse en definitiva por impedirlo la sombra del Coronel Guticke. Esos cinco años de permanencia lo habían enraizado en el país; quería a sus hombres, admiraba sus costumbres, la libertad democrática de la existencia y pensaba casarse con una chilena y vivir a la sombra de los álamos y de los sauces románticos. Empezó así a cortejar a la impúber Clarita, con el fervor del solterón que pone toda sus esperanzas en un amor otoñal. Pero, los padres, embebidos con el orgullo del dinero y los prejuicios sociales, miraban a Rugendas como un advenedizo extranjero, cazador de fortunas y lo que es peor, un inválido. Cuando en 1842 el artista tuvo el valor de pedir la mano de Clarita por medio de una carta, el primogénito de los Alvarez Condarco le escribió con crudeza que no podía aceptar un paralítico como yerno suyo.

Deprimido como nunca lo había estado, aun en los peores momentos del accidente en San Luis, Rugendas para no admitir la humillación de verse despreciado decidió abandonar el país. Una vez más las fuerzas imponderables lo arrebatában de la tran-

quilidad local en que quería vivir, y el destino lo impulsaba a realizar su "Plan Maestro". Se embarcó rumbo al Callao, y durante dos años pintó en la ciudad de Lima, en los elegantes suburbios de Chorrillos, en diversas pequeñas ciudades de la sierra hasta llegar al Cuzco. Regularmente escribía a doña Carmen Arriagada, dándole la seguridad que no abandonaría el continente, sin antes despedirse de ella.

En 1844 reanudó la marcha al sur, visitó Arequipa, las riberas del Lago Titicaca y La Paz, capital de Bolivia.

Sólo después de un intenso trabajo, en que dió cima a más de ochocientos dibujos y acuarelas de Perú y Bolivia, pudo Rugendas fijarle a doña Carmen la fecha de su regreso: enero de 1845.

¡Qué suaves y confortables fueron para el artista las horas del retorno! La exhibición de sus cuadros al grupo refinado de la tertulia, las interminables charlas con doña Carmen y la lectura en voz alta de las novelas que habían seleccionado Herr Moller y Juan de la Cruz Donoso, en su ausencia. Pero, sabía en lo íntimo que aquella placidez debía terminar. El gigantesco "Plan Maestro" fermentaba en su espíritu y todavía faltaban para completarlo las márgenes del Río de la Plata y sus capitales, el Brasil y, por último, Baviera.

Prometió a doña Carmen ser un fiel coresponsal, y durante cinco años cumplió su palabra, pero en 1851, al ver, doña Carmen que no había contestación para sus últimas misivas interrumpió esta correspondencia fundamental. Pero en su memoria siguió recordando esos momentos imborrables, y durante esos cincuenta años más de vida que el destino le tenía reservado, fueron los de una adoración lejana del artista. Murió en 1900 a la edad de 102 años; había nacido en 1799; fué uno de esos seres privilegiados que tuvieron la suerte de vivir a horcajadas de tres siglos. Los bosquejos, dibujos y acuarelas que devoraban la intimidad de su escritorio fueron preservados por los descendientes de esos familiares que compartieron las deliciosas horas de la inolvidable tertulia.

Al embarcarse en Valparaíso en febrero de 1845, Rugendas sintió que dejaba en el país una parte de su vida, ocho intensos años, y al costear la bahía de Arauco, sin duda, evocaba las noches de plenilunio en que bajo los añosos árboles, había soñado por primera vez, con doña Carmen. Ahora, estaba en el corazón de las tribus más aus-

trales del mundo, los legendarios patagones y los achaparrados fueguinos. Al atravesar el Estrecho podía advertir a lo lejos el fuego de sus campamentos, y en una ocasión el barco pasó lo suficientemente cerca como para completar un rápido dibujo. Y esos fueron sus contactos australes. Tal vez no sufrió desencanto pues como todos los pasajeros tenía prisa por llegar a Buenos Aires antes que las tormentas otoñales principiaran a soplar en el Atlántico.

Con aprehensión tocó tierra en la capital argentina, por entonces bajo la tiranía del cruel bárbaro Juan Manuel Rosas. Por su amistad con Sarmiento conocía la ferocidad con que había tratado a sus enemigos, los democráticos "Unitarios". Sabía que los agentes de Rosas sabían manejar el puñal y la daga, y que en circunstancias menos humanas los llevaban a la pampa envolviéndolos vivos en cuero de potro para dejarlos abandonados a la eminencia de una muerte lenta y cruel.

Pero Rugendas sabía también que en algunos selectos hogares de Buenos Aires encontraría familias refinadas que cultivaban la pintura, la poesía y los ideales de una confraternidad universal. Así era el hogar de doña Mariquita Sánchez de Mendeville, donde Rugendas, fué acogido con cariño y estimación; allí conoció al poeta Esteban Echeverría, el autor del poema *La Cautiva*, para cuyo libro Rugendas trabajó varias ilustraciones al óleo, en sus dos meses de estada en la capital.

Fueron intensos esos días, y sólo así pudo cumplir su cometido, estando listo a fines de mayo para abandonar la atribulada ciudad y navegar el río hasta Montevideo. La capital del Uruguay estaba por desgracia sitiada por las fuerzas del General Uribe, aliado de Rosas, y las fortificaciones a cargo de un destacamento militar heterogéneo de gauchos, mulatos e indios mestizos estaban repleto de gente. Estos estratos sociales dieron al pintor un magnífico material de inspiración. Completó unas cincuenta piezas miscelánicas, en que se alternaban los paisajes de la ciudad y de las riberas pantanosas, a donde llegaban las carretas a desembarcar a los viajeros y sus valijas desde las pequeñas embarcaciones fluviales. Aún en la relativa seguridad de Montevideo Rugendas se sintió a disgusto y molesto por el hecho de no poder expresar con absoluta libertad sus pensamientos y transmitirlos por escrito. Por estas razones al cabo de pocas semanas continuó viaje a Río de Janeiro, tocando pie en tierra

en julio o agosto de 1845. Con gusto reanudó el artista sus viejas amistades de hacía 25 años, y pudo gustar de la vida a la manera epicurea, antes de partir definitivamente a su patria. Pero el reposo no significaba inactividad; fué un año y medio de ocio griego. Recorrió todos los ambientes desde la corte imperial de don Pedro II, el hijo de aquel que había retratado el día de su dinámica coronación en 1822, hasta las barriadas negras de Santa Ana, y por doquiera saciaba su curiosidad artística, con el mismo fervor de su primera visita. Trazó el cuadro al óleo del Emperador, su esposa y el infante don Alfonso, y de nuevo se extasió en la belleza del Pan de Azúcar y del Corcovado y los pintorescos suburbios de Gavea, Tijuca y Botafogo.

Una mañana de febrero de 1846 salió a los alrededores de la ciudad con el propósito de estudiar la maravillosa colección de plantas del jardín Botánico, fundado por don Joao VI, el abuelo de don Pedro II. Mientras se acomodaba con su cuaderno de apuntes, mirando hacia la avenida de palmeras reales, su corazón se abrió de satisfacción, al divisar la figura de su querido amigo Domingo Faustino Sarmiento que avanzaba hacia él. Era todavía el luchador democrático que combatía la dictadura de Rosas, el incansable escritor de libros y de artículos sobre educación y viajes, el vagabundo indomitable. En la tarde elegida la espléndida colección que el pintor había recogido en la Argentina y el Uruguay, recibiendo el obsequio de un dibujo que representaba a los soldados atacando las fortificaciones de Montevideo.

Con esta segunda visita al Brasil, Rugendas había completado su "Plan Maestro". Al dejar Río de Janeiro la primera semana de 1847 repetía a la inversa el itinerario de 1831 al 1825, rápidas paradas en las deslumbrantes ciudades de Bahía y Pernambuco, con sus iglesias de azulejos y perfume de flores. Luego dejó atrás las tierras de América para llegar a Francia, a través del Atlántico, esperaba encontrar en París un editor para su enorme producción. Pero, los franceses cautos y bien educados soslayaron el problema de invertir sus capitales en una empresa que sólo podría interesar a una minoría de ricos aficionados.

Le quedaba la alternativa de intentar la publicación entre sus compatriotas de Munich. El viajero fué recibido con afecto por sus familiares y amigos de Augsburgo, y con admiración por sus viejos conocidos y colegas de Baviera. Expuso al Rey su

colección de cerca de 3.000 óleos y dibujos. El monarca quedó tan gratamente impresionado que recompensó al artista con una pensión vitalicia, para premiarlo por esos diez y seis años de ardua labor. Rugendas quedó satisfecho al saber que el Estado se haría cargo de esas obras realizadas a costa de tantos sacrificios, y que ellas serían materia de estudio y regocijo a los que quisieran contemplarlas. No vaciló, pues, en aceptar la generosa oferta.

La última década de su existencia la pasó principalmente en Munich, dedicado a pintar como lo haría más tarde Monvoisin, pequeños cuadros, que eran variantes de los bosquejos recogidos en su peregrinación americana. En 1854, gracias a la protección de su anciano amigo Alejandro von Humboldt, Rugendas fue condecorado con la orden prusiana del Aguila Roja. Su soledad fue aliviada por el cariño de una mujer joven María Sigl de Weilheim, en el condado de Wurttemberg. La pidió en matrimonio y la ceremonia tuvo lugar en mayo de 1885, pero antes que transcurriera el primer mes de casados, Rugendas fallecía de un repentino ataque al corazón. Fue ente-

rrado en el pequeño cementerio de Weilheim y el tiempo borró su sepultura.

Su visión de América, desde México a Chile y del Perú al Uruguay será siempre una perpetua delicia para los visitantes que acuden a admirar las facetas de este "Plan Maestro", en Munich, Augsburgos y Berlín. En América hay importantes colecciones públicas y privadas de sus obras, en México D. F., Santiago Buenos Aires, Montevideo, Sao Paulo y Río de Janeiro. El número exacto de las piezas de óleo, acuarelas témperas y dibujos que se conservan en la América es casi imposible de contabilizar.

Juan Mauricio Rugendas fue un pintor cuya carrera, lo mismo que la de Monvoisin, es americana, pero cuyos efectos, lo mismo que los de su colega francés, se enraizaron en Chile, país en que ambos pintores permanecieron más tiempo que ninguna de las otras repúblicas, para bien de las artes y perpetua enseñanza.

DAVID JAMES, profesor norteamericano de la Universidad de Brown, autor de monografía sobre *Monvoisin, Rugendas en el Brasil, Borget y la Pampa, Sargent y Chile*.